

nos sinceros que votaban uniformemente y reunian las luces á la probidad. Se nombró para Rastadt á Juan Debry antiguo miembro de la legislativa y de la convencion nacional.

Desde que los partidos en virtud de la constitucion del año III estaban precisados á luchar dentro de los términos de ella habian perdido mucho de su importancia las escenas del interior y sobre todo la tribuna de resultas del 18 de fructidor. Estaba fija la vista en lo que pasaba por fuera y llamaban toda la atencion el gran influjo de la república en Europa, sus relaciones estrañas y multiplicadas con las potencias, su comitiva de repúblicas, las revoluciones que hacia estallar en todas partes, y sus proyectos contra la Inglaterra. ¿Como habia de conducirse la Francia para atacar á su rival y darle un golpe parecido al que acababa de dar al Austria? Esta es la pregunta que se hacian los hombres unos á otros, y era tal la audacia y la costumbre de los prodigios que no les admiraba nada la travesia del estrecho de la Mancha. Tanto los enemigos como los amigos de la Inglaterra la consideraban en gran peligro, y ella misma se creia muy amenazada y hacia esfuerzos extraordinarios para defenderse, de modo que todo el mundo tenia clavados los ojos en el paso de Calais.

Bonaparte que pensaba en el Egipto como pensaba

dos años antes en Italia y como pensaba en todo, es decir, con una violencia estraordinaria, habia propuesto su proyecto al directorio que estaba discutiéndole en aquel momento. Todos los hombres grandes que han tendido la vista por el mapa del mundo han pensado en el Egipto y por lo menos podemos citar tres que fueron Alburquerque, Leibnitz y Bonaparte. El primero habia conocido que los Portugueses que acababan de descubrir el camino de la India por el cabo de Buena Esperanza podrian verse despojados de aquel gran comercio si se valian del Nilo y del mar Rojo, y así habia concebido la idea gigantesca de separar el curso del Nilo y hacerle desembocar en el mar Rojo para hacer que fuese para siempre impracticable aquel camino y asegurar eternamente el comercio de la India á los Portugueses. ¡Vanas previsiones del ingenio que quiere siempre eternizarlo todo en medio de un mundo tan movable y variable! Si el proyecto de Alburquerque se hubiera llegado á realizar, no serian los Portugueses sino los Holandeses y mas adelante los Ingleses quienes se habrian aprovechado de él. En tiempo de Luis XIV, el gran Leibnitz, cuyo entendimiento abrazaba todos los objetos, presentó una memoria al monarca frances, que es uno de los mas preciosos monumentos de razon y elocuencia políticas. Intentaba Luis XIV invadir

la Holanda con ocasion de ciertas medallas, y entonces le dijo Leibnitz: señor, no es en su propia casa donde habeis de vencer á los republicanos, porque no podeis atravesar sus diques y ademas toda la Europa se declarará en su favor. En Egipto es donde debeis dar el golpe, porque allí encontrareis el verdadero camino del comercio de la India, y en quitando aquel comercio á los Holandeses, no solo asegurareis el eterno dominio de Francia en el Levante, sino que regocijareis á toda la cristiandad, y llenareis el mundo de asombro y admiracion, con aplausos de la Europa, que, cierto, no se ligará contra V. M.

Estas vastas ideas descuidadas por Luis XIV eran las que ocupaban la imaginacion del jóven general republicano.

Muy modernamente se acababa de pensar en el Egipto, y Mr. de Choiseuil habia tenido tambien la idea de ocuparle cuando estuvieron en riesgo todas las colonias de América; y tambien se pensó en ello cuando José II y Catalina amenazaban al imperio Otomano. Ultimamente el cónsul francés en el Cairo M. Magallon¹⁴ hombre distinguido y muy versado en los asuntos del Egipto y del Oriente, habia enviado unas memorias al gobierno, tanto para denunciar las averias que los Mamelucos causaban al comercio francés, como para dar á conocer las ventajas que podrian sacarse de

hacerles sentir la venganza. Bonaparte se habia hecho con todos aquellos documentos, y con arreglo á ellos formó su plan. En su dictámen el Egipto era el verdadero punto intermedio entre la Europa y la India, y allí era menester fijarse para arruinar á la Inglaterra, dominar para siempre el Mediterraneo convirtiéndole, segun él decia en un *lago francés*; asegurar la existencia del imperio turco ó tomar la mejor parte de sus despojos. Una vez establecidos en el Egipto, se podian hacer dos cosas: ó crear una marina en el mar rojo, é ir á destruir los establecimientos en la gran península de la India, ó formar del Egipto una colonia y un depósito. Era imposible que el comercio de la India no se hiciese muy pronto por allí abandonando el Cabo de Buena Esperanza, mucho mas cuando todas las carabanas de la Siria, la Arabia y el Africa cruzaban ya por el Cairo, y el comercio solo de aquellas comarcas podia dar un beneficio inmenso. El Egipto era el pais mas fértil de la tierra, y ademas de la grande abundancia de cereales, podia dar todos los productos de América, y suplir enteramente por ella. Asi, bien fuera que se formase del Egipto un punto de salida para atacar los establecimientos de los Ingleses, ó que solo se hiciera de él un simple depósito, era cosa segura restablecer el comercio en sus verdaderos caminos, y hacer que todos viniesen á parar á Francia.

Tenia sobre todo aquella atrevida empresa á los ojos de Bonaparte la ventaja de la oportunidad, porque segun los luminosos informes del cónsul Magallon, aquel era el momento de marchar hácia el Egipto, y con tal que se activasen los preparativos y la travesia, podia llegarse allí en los primeros dias del Estio. Entonces debia encontrarse concluida y recogida la cosecha, y los vientos propicios para subir por el Nilo; al paso que, segun Bonaparte era imposible desembarcar en Inglaterra ántes del invierno, mucho mas cuando ya estaba demasiado enterada de la empresa, y no se sabia una palabra de la del Egipto, que por ser del todo imprevista, no encontraria obstáculos. Que bastarian pocos meses para el establecimiento de los Franceses; que él volveria personalmente en Otoño para hacer el desembarco en Inglaterra, pues seria mas favorable el tiempo; y últimamente que aquella habria enviado entonces una parte de sus escuadras á la India, y por consiguiente habria menos dificultades para abordar á sus riveras. Fuera de todos estos motivos, tenia Bonaparte otros personales, y eran el no poder aguantar la ociosidad de Paris sin poder intentar nada en política, sino gastar su reputacion cuando él trataba de aumentarla todavia. Solia decir que *los grandes nombres no se consiguen sino en Oriente.*

Se ha dicho generalmente que el directorio en-

vió á Bonaparte á Egipto para desembarazarse de él, siendo tan al contrario que puso muchas objeciones contra aquel proyecto, y particularmente Larveilliere Lepeaux fue de los mas obstinados en combatirle. Decia que esto era esponer treinta ó cuarenta mil hombres de los mejores soldados de Francia, comprometiéndolos á la casualidad de una batalla naval y privarse del mejor general y del mas temible para el Austria en un momento en que distaba mucho de haberse pacificado el continente, y en que la creacion de las nuevas repúblicas habia escitado tantos resentimientos; que ademas se iba tal vez á provocar á la Puerta á tomar las armas, viendo invadida una de sus provincias. Pero Bonaparte encontraba respuesta para todo diciendo que no habia cosa mas fácil que escaparse de los Ingleses, con tal que se les dejara ignorar el proyecto; que teniendo la Francia de trescientos á cuatrocientos mil soldados disponibles, no podia depender su suerte de treinta ó cuarenta mil hombres mas ó menos; que por lo que hace á él, volveria muy pronto, y que en cuanto á la Puerta habia ya mucho tiempo que tenia perdido el Egipto por la usurpacion de los Mamelucos, y ántes bien veria con gusto que la Francia los castigaba; que se podia muy bien entenderse con ella y que el continente no volveria á moverse tan pronto etc. etc. Hablaba tambien de Malta

y de que se la tomara al paso á los caballeros asegurándola para la Francia; todo lo cual ocasionó discusiones muy acaloradas, que produjeron una escena que se ha referido muy mal, diciéndose que en un movimiento de impaciencia pronunció la palabra dimision, á lo cual le contestó Larre-veilliere con firmeza: «estoy muy distante de querer que se os imponga, pero en caso de que la hagas, soy de dictámen de que se acepte*.» Desde aquel instante no volvió Bonaparte á pronunciar la palabra dimision.

Vencido en fin por las instancias y reflexiones de Bonaparte consintió el directorio en la expedicion que proponia y le sedujo la magnitud de la empresa, las ventajas comerciales y con la promesa que hizo Bonaparte de estar de vuelta para el invierno é intentar entonces el desembarco en Inglaterra. Convinieron en guardar el mayor secreto y para que hubiese menor peligro de que traspasase no se confió siquiera á los secretarios. El mismo Merlin que era presidente del directorio escribió la orden de su puño y aun en ella no se espresaba la naturaleza de la empresa. Se convino en que Bonaparte podria llevar consigo 36

* Algunos han atribuido esta expresion á Rewbell, y otros á Barrás, dando á esta discusion, un origen muy distinto del verdadero; pero la escena se verificó con Larre-veilliere y á propósito de la expedicion de Egipto.

mil hombres del antiguo ejército de Italia, cierto número de oficiales y generales que él escogiese, algunos sabios, ingenieros, geógrafos, artesanos de toda especie y la escuadra de Brueys reforzada con una parte de los navios que habian quedado en Tolon. Se dió orden á la tesoreria para que se pusiese á su disposicion millon y medio de francos cada década y se le permitió que tomase tres millones de los ocho del tesoro de Berna. Se ha querido decir que la invasion de la Suiza no tuvo otro objeto que esta expedicion de Egipto, pero ya puede formarse idea de lo infundado de esta suposicion.

Inmediatamente nombró Bonaparte una comision encargada de recorrer los puertos del Mediterraneo y preparar en ellos todos los medios de transporte, dando á la tal comision el título de comision de armamento de las costas del Mediterraneo y tanto ella como todo el mundo ignoraban el objeto del armamento pues nadie sabia el secreto sino Bonaparte y los cinco directores. Como se estaban haciendo grandes preparativos en todos los puertos á un tiempo, se suponía que el armamento del Mediterraneo no era mas que una consecuencia del que se estaba haciendo en el Oceano y el ejército mismo que estaba reunido en el Mediterraneo tenia por título el de la ala izquierda del ejército de Inglaterra.

Púsose á trabajar Bonaparte con aquel ardor extraordinario que empleaba en la ejecucion de todos sus proyectos, corriendo alternativamente á las casas de los ministros de guerra, marina y hacienda, desde estas á las de los ministros de la tesorería asegurándose por sus propios ojos de la ejecucion de las órdenes y empleando su ascendiente en acelerar la expedicion de ellas; siguiendo correspondencia con todos los puertos, con la Suiza y con la Italia y todo lo hizo preparar con una rapidez increíble. Designó cuatro puntos para la reunion de los convoyes y de las tropas, debiendo el principal de ellos salir de Tolon, el segundo de Génova, el tercero de Ajaccio, y el cuarto de Civita-Vecchia. Mandó dirigir hácia Tolon y Génova los destacamentos del ejército de Italia que volvian á Francia, y hácia Civita-Vecchia una de las divisiones que habian marchado contra Roma. Igualmente mandó que se hiciesen contratas en Francia y en Italia con capitanes de buques mercantes, y así pudo proporcionarse en los puertos que habian de servir de punto de salida cuatrocientas embarcaciones á las cuales reunió una numerosa artillería. Escogió 2,500 entre los mejores soldados de á caballo mandándolos embarcar desmontados porque se proponia equiparlos á costa de los Arabes, sin querer llevar consigo mas que sillas, frenos y guarniciones y solo admitió á bor-

do 300 caballos para tener en el momento de su llegada algunos hombres montados y algunas piezas enganchadas. Reunió tambien artesanos de toda especie y mandó apoderarse en Roma de las imprentas griegas y árabes de la congregacion de la Propaganda y ajustar una compañía de impresores. Formó una coleccion completa de instrumentos de física y matemáticas y entre sabios, artistas, ingenieros, dibujantes y geógrafos ascendían como á unos cien individuos. Entre ellos se encontraban los hombres mas ilustres como Monge, Berthollet, Fourier ¹⁵, y Dolomieu ¹⁶ igualmente que Desgenettes ¹⁷, Larrey ¹⁸ y Dubois. Todo el mundo queria seguir la fortuna de aquel jóven general y sin saber nadie á donde se habia de desembarcar estaban muy dispuestos á seguirle á todas partes. Durante las negociaciones de Udina habia ido Dessaix á visitar los campos de batalla que habian llegado á ser tan célebres en Italia y desde entonces se habia formado una amistad estrecha entre él y Bonaparte por lo que estaba empeñado en seguirle. Kléber se hallaba en Chaillot murmurando, segun costumbre, del gobierno y sin querer pedir servicio; pero solia ir á menudo á visitar al gran maestro en el arte, que él amabacon tanta pasion. Bonaparte le propuso que le acompañara, y él lo aceptó con mucho gusto, pero preguntándole si lo aprobarian *los abo-*

gados, que así designaba él á los directores. Se encargó Bonaparte de vencer todas las dificultades y entonces le dijo Kléber persuadido á que se iba á Inglaterra: «pues bien si usted destaca una lancha incendiaria en el Támesis, póngame dentro de ella y ya verá lo que sabe hacer Kléber.» A estos dos generales de primer orden añadió Bonaparte Regnier, Dugüa, Vaubois, Bon, Menou, Baraguay-de-Hilliers, Lannes, Murat, Belliard y Dammartin que tanto le habian ayudado en Italia. Mandaba el cuerpo de ingenieros el valiente y sábio Caffarelli-Dufalga que habia perdido una pierna en el Rhin y el débil pero utilísimo Berthier debia ser gefe del estado mayor. Como estaba entonces dominado por una pasion, estuvo á pique de abandonar al general que habia hecho su fortuna; pero se avergonzó, le pidió mil perdones y corrió á embarcarse en Tolon. Mandaba Brueys la escuadra y eran sus contra-almirantes, Villeneuve, Blanquet-Duchayla y Decrés¹⁹, siendo gefe del estado mayor de la marina Ganthaume²⁰. De esta suerte todas las ilustraciones militares de Francia así en la guerra como en las ciencias y las artes, iban á embarcarse para un destino desconocido, fiados en la fé de un general jóven.

Resonaba en Francia y en Europa el ruido de los preparativos que se hacian en el Mediterráneo, formándose sobre ellos mil conjeturas de toda es-

pecie y preguntándose cada cual á donde iba Bonaparte, á donde aquellos valientes, aquellos sábios y aquel ejército. Decian unos que iban al mar Negro á restituir la Crimea á la Puerta. Otros que á la India á socorrer al Sultan Tippoo-Saëb. Algunos que se acercaban mas á lo cierto, sostenian que se iba á penetrar por el Ismo de Suez ó bien á desembarcar en sus orillas y volverse á embarcar en el mar Rojo para la India. Otros en fin tocaban en el punto mismo y decian que se iba á Egipto, fundando sus conjeturas en una memoria que se habia leído al Instituto el año anterior. Hubo al fin algunos mas hábiles que suponian una combinacion mas profunda, porque segun ellos todo aquel aparato que parecia anunciar un proyecto de Colonia no era mas que una ficcion, y el verdadero proyecto de Bonaparte era venir con la escuadra del Mediterráneo á atravesar el estrecho de Gibraltar, atacar al lord San Vicente que bloqueaba á Cádiz, echarle de allí, desbloquear la escuadra española y conducirla á Brest, donde se verificaria la deseada union de todas las marinas del continente, y por eso la espedicion del Mediterráneo se llamaba el ala izquierda del ejército de Inglaterra.

Justamente esta conjetura fue la que dominó en el gabinete ingles, que estaba asustado habia ya seis meses, sin saber á donde vendria á estallar

la tempestad que se estaba formando despues de tanto tiempo. En aquella ansiedad hubo momentos en que la oposicion llegó á unirse con el ministerio y formó causa comun con él de modo que Sheridan habia tornado su elocuencia contra la ambicion y pujo invasor del pueblo frances, y exceptuando en la suspension del *habeas corpus*, en todos los demas puntos convino con las proposiciones del ministerio. Mandó Pitt inmediatamente armar otra escuadra, haciéndose esfuerzos extraordinarios para sacarla al mar, y reforzó con diez navios de alto bordo la escuadra de lord San Vicente para ponerla en el caso de cerrar el estrecho por donde se suponía que iba á dirigirse Bonaparte, y el lord San Vicente destacó á Nelson con tres navios para que fuese á recorrer el Mediterraneo y observar la marcha de los Franceses.

Todo estaba preparado para el embarque y ya iba á marchar Bonaparte á Tolon cuando estuvo á pique de detenerle una escena ocurrida en Viena y las disposiciones que mostraban varios gabinetes de Europa. Aquella fundacion de dos nuevas repúblicas habia escitado en el mas alto grado el temor del contagio revolucionario, y la Inglaterra para fomentar aquel temor, habia inundado todas las cortes de emisarios suyos. No cesaba de apretar al rey de Prusia para que saliese de su

neutralidad y preservase á la Alemania del torrente. Al mismo tiempo hacia que se irritase el ánimo vacilante y violento del emperador Pablo y procuraba asustar al Austria con la ocupacion de la cordillera de los Alpes por los Franceses, ofreciendo subsidios para volver á principiar la guerra, y escitaba las pasiones frenéticas de la reina de Nápoles y de Acton. Esta última corte estaba mas irritada que nunca, queriendo que los Franceses evacuasen á Roma y que se la cediese una parte de las provincias romanas. En vano habia desplegado el nuevo embajador frances Garat la mayor moderacion, sin hacer caso de los desaires del gabinete napolitano; por todo lo cual inspiraba muy justos temores el estado del continente, y todavia vinieron á agravarse con un incidente inesperado. Habian enviado á Bernadotte á Viena para dar esplicaciones al gabinete austriaco, y con orden de residir allí como embajador, aunque no se hubiese enviado ninguno á Paris. No era aquel general el mas apropiado para el papel que estaba destinado á representar por ser demasiado inquieto y poco sufrido y como hubiese de celebrarse en Viena el dia 14 de abril la fiesta del armamento de aquellos voluntarios imperiales que ya se acordará el lector del entusiasmo con que se presentaron el año anterior y la suerte que les cupo en Rivoli y en la Favorita, tuvo Berna-

dotte el capricho de querer oponerse á aquella función, diciendo que era un insulto para la Francia. Respondió el emperador con mucha razón que él era dueño de hacer lo que quisiese en sus estados así como la Francia lo era de celebrar sus victorias, y el de recordar con aprecio el celo de sus súbditos. Entonces Bernadotte se empeñó en corresponder á una fiesta con otra y mandó celebrar en su palacio una de las victorias del ejército de Italia, de que era aniversario aquel día, y enarbolar en su balcon la bandera tricolor con las palabras *igualdad y libertad*. El populacho de Viena, escitado segun se dijo por emisarios del embajador ingles, se precipitó á la casa del embajador de Francia, rompió los cristales de las ventanas y cometió algunos desórdenes. Inmediatamente el ministerio austriaco se dió prisa á enviar socorros á Bernadotte, y se condujo con él de muy distinto modo que lo habia hecho el gobierno romano con José Bonaparte. Pero Bernadotte, cuya imprudencia habia provocado aquel suceso, se retiró de Viena y se marchó á Rastadt.

Sintió mucho el gabinete de Viena aquel acontecimiento, y era claro que aun suponiéndole dispuesto á volver á tomar las armas, nunca hubiera principiado por insultar á nuestro embajador ni por provocar hostilidades á que ciertamente no estaba preparado. Por el contrario se sabe

muy bien que aunque muy descontento de la Francia y de sus últimas invasiones que necesariamente habian de provocar algun dia una lucha con ella, no estaba todavia dispuesto, por que creia que sus pueblos estaban demasiado cansados, y que eran demasiado débiles sus recursos para atacar el coloso republicano. Inmediatamente publicó una solemne desaprobacion del suceso y escribió á Bernadotte para apaciguarle.

Creió ver el directorio en aquel suceso de Viena un verdadero rompimiento y al instante dió contra orden á Bonaparte, queriendo que marchase á Rastadt para imponer al emperador, y obligarle á que diese satisfacciones ó aceptar la guerra. Pero Bonaparte muy descontento de aquel retardo de sus proyectos, no quiso ir á Rastadt sino que juzgando con mas rectitud que el directorio la situación de las cosas, dijo que el suceso no tenia la gravedad que se le queria suponer. Efectivamente escribió al instante el Austria que iba á enviar de ministro á Paris á Mr. de Degelmann y exoneró en la apariencia al primer ministro Thugut, anunciando que Mr. de Cobentzl iria al sitio señalado por el directorio para esplicarse sobre el suceso de Viena y mudanzas sobrevenidas en Europa despues del tratado de Campo-Formio. Parecia pues apaciguada la tempestad y ademas habian dado un paso muy importante las negociaciones de

Rastadt , pues despues de haber disputado palmo á palmo la orilla izquierda del Rhin , y querido reservarse el terreno comprendido entre el Mose-lla y el Rhin y otro corto territorio entre el Roër y este último rio , cedió por fin la diputacion toda la orilla izquierda y se nos reconoció por límite natural la línea del Rhin. Tambien se habia admitido otro principio no menos importante cual fue la indemnizacion de los príncipes desposeidos por medio de las secularizaciones. Pero quedaban por discutir otros no menos difíciles , como por ejemplo la reparticion de las ilas del Rhin, la conservacion de los puestos fortificados , de los puentes y cabezas de puente , la suerte de los monasterios y de la nobleza inmediata á la orilla izquierda , el pago de las deudas de los paises cedidos á la Francia , el modo de aplicar en ellos las leyes de la emigracion etc. etc. Todas estas cuestiones eran difíciles de resolver , sobre todo atendida la lentitud alemana.

Tal era el estado del continente , cuyo horizonte no se presentaba muy claro ; mas al fin consiguió Bonaparte la autorizacion para salir de Tolon , y se convino en que Mr. de Talleyrand saldría inmediatamente despues para Constantinopla con el objeto de hacer que la Puerta aprobase la expedicion de Egipto.

NOTAS DEL TRADUCTOR

PERTENECIENTES AL CAPITULO CUARTO.

PAGINA 288.

1 José Luis Lagrange , uno de los mas ilustres geometras , nació en Turin el 25 de enero 1736 de padres franceses. Habiendo estos hecho una especulacion desgraciada , perdieron casi todo su caudal y el pobre Lagrange tuvo que estudiar mucho para adquirir una suerte independiente. Si yo hubiera sido rico , decia él , de ningún modo me hubiera dedicado á las matemáticas , dando á entender que solo la pobreza es capaz de obligar á la meditacion y tenacidad que estas exigen. Estaba estudiando segundo año de filosofia cuando se manifestó su inclinacion á las ciencias exactas , y lo tomó con tanto empeño , que á la tierna edad de 17 años estuvo ya en disposicion de recorrer él solo y en menos de dos años todo el dominio de la ciencia hasta los descubrimientos mas modernos. A los 19 años entró en correspondencia con Euler , enviándole la solucion de varios problemas propuestos diez años ántes por aquel sabio , sin que nadie se hubiera dado por entendido de ellos en todo aquel tiempo. Entre tanto desempeñaba en Turin la cátedra de matemáticas de la escuela de artilleria , y la respuesta que recibió de Euler fue un diploma de académico de Berlin. Mas adelante se le propuso á Federico el grande para director de ella , cuya plaza no habia querido admitir d'Alambert. Pero no queria el rey de Cerdeña darle permiso para ir á Prusia y habiendo solicitado una audiencia no pudo conseguir nada , hasta que al retirarse le dijo el rey : veamos la carta en que á Vm. le ofrecen esa plaza de director , y habiendo encontrado en ella la frase siguiente : « es preciso que el mayor geometra de